

En reconocimiento a Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina: testimonios personales

Jesús M. Hernández Velasco. Profesor de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato (España). **Nuria Galicia Pérez.** Profesora de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato (España). **Luis Riera Climent.** Profesor de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato (España).

Recibido 23/03/2025 • Aceptado 30/05/2025

Resumen

Se aportan varios testimonios de alumnos y alumnas de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina como homenaje a su figura y como visibilización de una labor filosófica, pero también de impulso a la carrera pública de Filosofía en Valladolid. Un autor, Ortiz de Urbina que ha propuesto una reformulación actual de la fenomenología, como una experiencia personal transformadora, no determinando el fenómeno, esa es la cuestión.

Palabras clave: *erinnerung*, profesorado, educación errada, estromatología, *symploké*, *stromata*, *katharsis*.

Abstract

In recognition of Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina: personal testimonies

Several testimonials from students of Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina are included as a tribute to him and to highlight his philosophical work, as well as his contribution to the public Philosophy program in Valladolid. Ortiz de Urbina is an author who has proposed a contemporary reformulation of phenomenology, viewing it as a transformative personal experience, rather than a determinant of the phenomenon itself—that is the key point.

Key words: *Erinnerung*, Teaching Staff, Wrong Education, Stromatology, *Symploké*, *Stromata*, *Katharsis*.

En reconocimiento a Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina: testimonios personales

Luis Riera Climent. Profesor de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato (España). **Nuria Galicia Pérez.** Profesor de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato (España). **Jesús M. Hernández Velasco.** Profesor de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato (España).

Recibido 23/03/2025 • Aceptado 30/05/2025

Dar cuenta

§ 1. *Symploké, katharsis, stromata*: mis recuerdos de Ricardo¹

A principios de los años noventa a Douglas Coupland se le ocurrió ponerle la letra X a nuestra generación. Porque nadie sabía qué iba a ser de nosotros, qué íbamos a aportar a un mundo desencantado. Aquí en España, ya terminó aquella movida, rupturista, estrambótica e idealizada, de los años ochenta. Entonces entre cervezas, pitillos y otras cosas, nos preguntábamos qué cabía esperar de nosotros mismos. Si estas preguntas se

las hacían muchos estudiantes que empezaban en el Derecho, la Lengua Inglesa, la Economía, las ingenierías o las ciencias formales y físicas, incluso en el mundo sanitario... ¿qué incertidumbres no tendríamos quienes empezamos a estudiar Filosofía, queriendo, en el más optimista de los casos, vivir y pensar como nuestros profesores en el instituto o en la facultad? Quiero recordar a Ricardo como una de las personas que nos ilusionó, que nos sirvió de ejemplo, de *límite asintótico*, como a él le gusta decir, para que recorriéramos siquiera una pequeña parte del camino que él sigue andando.

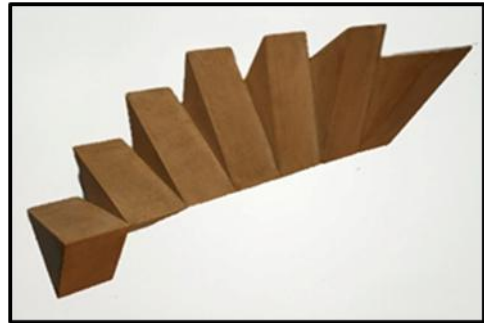


IMAGEN 2: Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, *Dragón*, escultura en madera, 16 x 16 x 50.

¹ Jesús M. Hernández Velasco, profesor de Filosofía en el IES Galileo Galilei de Valladolid.

1. 1. *Symploké*

En 1990 Ricardo tenía sesenta años, los sesenta años más frescos y jóvenes que yo haya visto en mi vida. Ya había dado clase a las primeras cuatro promociones de la licenciatura de Filosofía en el edificio histórico de la Universidad, que sentíamos nuestro y luego nos quitaron. Poco más de ochenta estudiantes habíamos tenido el privilegio de escucharle hablar sobre todos los presocráticos, Sócrates y los sofistas, Platón, Aristóteles, Diógenes, Antístenes, Zenón de Citio y Epicuro. Recuerdo cuando llegó en los primeros días con el temario y nos dio los veintiocho libros que teníamos que leer a lo largo de todo el curso. Recuerdo con asombro los cuatro meses que dedicó a los filósofos presocráticos, cómo podía sacarle tanto jugo de sus ideas, cómo él iba mostrando la brillantez de sus intuiciones, cómo en Anaximandro, Heráclito, Anaxágoras y Demócrito se encontraban ya, hace dos milenios y medio, ideas que articulan y forman, en nuestro tiempo, el tejido de la física y la cosmología matematizada. Era el tiempo de la *symploké*.

Ricardo viajaba mucho y así nos lo contaba en las clases. Cuando lo hacía, además de las ventanas eidéticas que abría en nuestro cerebro, avivaba nuestro deseo de movernos por el mundo material y eso aumentaba nuestra fascinación por su persona. A veces venía a clase con una servilleta de papel, del restaurante donde nos dijo que paraba siempre a comer cuando volvía de su querido Oviedo y tenía clase con nosotros de cuatro a cinco. Y ese pequeño y fino papel se convertía una clase de tres o cuatro pizarras, veinte o treinta conexiones. *Symploké* significa, nos vino a decir esa tarde, establecer una red o un tejido de conexiones racionales, de modo que se encuentra el término medio entre la incomunicación absoluta y el caos total. Hay incomunicación absoluta cuando todos los elementos están aislados, el caos total se da cuando creemos que todo puede relacionarse con todo, lo cual es imposible en el mundo y en el pensamiento racional.

Y luego nos dijo que eso mismo había pasado en el restaurante donde comió aquel día. Había cocido como plato único de menú del día, y Ricardo se fijó en cómo él mismo y los comensales habían combinado a su gusto, de varias maneras posibles, los componentes de aquel cocido. Con esa sonrisa tan peculiar suya, arrugada, bigotuda y graciosa, concluyó esa clase: esto es el racionalismo, compositivo y materialista, de

Anaxágoras, así deben entender el *Nous* de Anaxágoras y sus *homeomerías*. Esto es *symploké*, esto es filosofía.

Hubo muchas otras anécdotas similares a esta en primero, muchas para el espacio que aquí puedo dedicar, imborrables y productivas. El caso es que acabó el primer curso y Ricardo ya no nos daba clase. Pero, curiosamente, lo fuimos conociendo más en la media distancia, a él y a Gustavo Bueno. Por ejemplo, en segundo curso Charo Zurro nos puso aquel gran reto de los comentarios —en Español— de textos filosóficos en alemán, dedicando casi todo el año a la *Terminología filosófica* de Adorno, obra de la cual nos pasaba fotocopias de amplios fragmentos a lo largo del año.

Con astucia, Charo ni nos mencionó la traducción española. Pero nosotros sólo teníamos tres horas de clases al día, y el resto del tiempo era para la lectura, la búsqueda de libros, la tertulia, nuestra propia astucia filosófica. Y así encontramos la edición de Taurus (1977).

Y otra vez el asombro, la admiración: traducción de Ricardo Sánchez-Ortiz de Urbina. Así, yo mismo y varios compañeros pudimos superar ese gran escollo. Y a partir de entonces conocimos otro de los puntos fuertes de nuestro profesor: la escuela de Frankfurt. Esto caló más aún en nosotros, porque éramos, como jóvenes que teníamos muy pocas cosas, bastante marxistas y bastante ateos. Pero también surgieron otras preguntas: ¿cómo este hombre puede tener tantos conocimientos sobre filósofos aparentemente tan lejanos? Y aún más ¿cómo puede hacer *symplokés* salvando esas distancias? ¿Seré capaz yo en mi vida de hacer siquiera un átomo de esto? Sólo el paso del tiempo permitió una mínima respuesta vital para estas preguntas.

1. 2. *Katharsis*

Yo viví, en el más pleno sentido del verbo, las clases de Filosofía del Arte y Estética que Ricardo impartió en el cuarto curso de los cinco que, entonces, integraban la licenciatura. Y en cada clase había una nueva revelación, una nueva *symploké*, una idea con un gran potencial de desarrollo, una pregunta más. Ricardo desarrolló ese curso con aparente naturalidad, con sus improvisaciones, sus viajes, su asistencia a exposiciones, es decir, poniendo su vida en sus clases. Por esos momentos y sus contenidos, yo ya asistía a su clase como oyente, con su permiso, cuando estaba aún

en tercero, así que tuve el placer de asistir a sus clases durante otros dos años de la licenciatura, como después a sus cursos de doctorado, también sobre Estética, pasando en ellos los momentos intelectuales más importantes de mi vida, y decisivos para mi formación como profesor de Filosofía y para conseguir ese estado.

Él comenzaba sus cursos con una frase que contenía un reto: una estética o filosofía del arte completa y adaptada al final del siglo XX y al arte del nuevo milenio está por hacer, y ese es el ideal que nos planteaba para el curso y para el futuro, ya que él mismo admitía no tener tiempo para escribirla. Él nos iba a dar una panorámica de todos los elementos filosóficos precisos para redactarla. A fe que lo hizo, y durante al menos cuatro años, como intentaré contar después, rondó por mi mala cabeza y por mis escritos de verano. Intento resumir aquí cuál es el plano de relaciones de la estética pensada por Ricardo. Luego, como he indicado en el título, me quedaré con la palabra *katharsis*.

La *estética buscada* por Ricardo comienza con una negación de Baumgarten, quien dio ese nombre a la filosofía del arte, considerándola una *gnoseología inferior*. En absoluto podemos considerar inferiores las emociones, o sentimientos, o pensamientos, que llevan a la creación de acciones y de objetos artísticos; jamás podremos considerar inferior el disfrutar de la recepción artística. Considerando el asunto desde nuestros días, la degradación de las artes, o incluso la eliminación de las mismas en grandes sectores de las comunidades actuales, lleva a la deshumanización. Y si nos remontamos al origen de la humanización, una vez garantizada la supervivencia biológica, comprobamos que todas las comunidades originarias llenaron su tiempo de ocio con acciones que desarrollaban su sensibilidad de forma creciente: el placer, la belleza, el éxtasis, o las palabras que mejor cuadren con los grados de intensidad de las experiencias estéticas.

Una vez negada la inferioridad de la sensibilidad, Ricardo nos enseñó el plano y el plan para ir construyendo esa *estética buscada*, primero diacrónicamente con el desarrollo histórico de las reflexiones sobre las artes en los grandes filósofos, para posteriormente establecer un sistema de categorías que permitieran comprender toda acción o producción que haya modificado nuestra manera de sentir el mundo en cualquier momento de la historia.

Las primeras categorías estéticas serían espacio-temporales: el proceso de creación, con sus aspectos emocionales y técnicos, la fase de la comprensión del objeto o la acción estética, el momento en el cual deja de pertenecer al artista y pasa a formar parte de la afectividad del receptor o de la comunidad.

Las segundas categorías estéticas son semióticas: la dimensión sintáctica, la semántica y la pragmática. Partiendo de la lingüística que arrancó en el siglo XIX, de la adaptación que de ella hizo Gustavo Bueno en su teoría del cierre categorial para las ciencias, el reto consiste en hacer una extensa y doble analogía, de atribución y de proporcionalidad, de formas y materias, entre las ciencias formales y las artes. Resumiendo mucho, otra vez, si vemos el desarrollo histórico de las matemáticas, han tenido éxito y han modificado la vida humana los teoremas que reunían una mayor armonía, simetría y elegancia matemática. Así, *mutatis mutandis*, podemos proceder con el análisis estructural de las acciones y objetos artísticos.

Para ir concretando progresivamente ese *mutatis mutandis*, son necesarias todas las categorías de la fenomenología, desarrolladas en el siglo XX y que tantos millones de páginas han generado. ¿Cuál es el desafío filosófico en este punto? El reto propuesto por Ricardo es tender viaductos para salvar la gran distancia filosófica existente entre el idealismo espiritualista de Husserl y el materialismo de Gustavo Bueno. Y con todo el desarrollo de la fenomenología material, desde Merleau-Ponty hasta Marc Richir, se puede constituir el tejido filosófico para completar una comprensión casi bioquímica de las seis categorías antes citadas.

Además de la comprensión de los procesos creativos y receptivos, es necesario en nuestra estética buscada un estudio del arte como hecho social. Es aquí cuando Ricardo nos propone prolongar la reflexión con las consideraciones sociales e históricas, con su antes citado conocimiento de la escuela de Frankfurt y la estupenda traducción y difusión de la *estética de la recepción* alemana y centroeuropea, concretamente de las obras literarias. Y aquí se plantean dos preguntas básicas que abren las puertas para todas las respuestas. Dichas preguntas van a dibujar, otra vez más, un enorme bucle histórico que nos hace volver al origen, a la *Poética* de Aristóteles.

La primera de las preguntas es ¿hasta qué punto las categorías y términos estéticos creados para comprender los objetos de las bellas artes sirven también para la poesía y la narrativa? La segunda constituye una especial dialéctica, un desdoble: cuando

hacemos filosofía de la literatura ¿debemos partir de experiencias emocionales propias, de haber llegado nosotros mismos a un cierto tipo de *katharsis*, erótica o tanática, con su posterior alivio final? ¿O bien debemos ser completamente fríos, estoicos, en el análisis de las obras literarias o audiovisuales, como propusieron Adorno o Bertold Brecht?

Mi respuesta quiere buscar el término medio ordenado por Aristóteles. Radicalmente creo que hay que decir sí a la *katharsis*. No puedo pensar en una reflexión estética sin ejemplos de creaciones y recepciones que me hayan hecho levantarme del asiento o quedarme pegado a él, incapaz de moverme. Esto es lo que me sugiere el título «Fenomenología del Sur», vinculado con la experiencia estética.

Sin embargo, a la hora de escribir, o de hablar con mi pareja, mis amigos, mis colegas o con mis alumnos de secundaria sobre el arte, especialmente el arte audiovisual, debo limitar esa pasión que tengo, debo comprender que ellos pueden no tener las mismas emociones que se generan en mí al ver o escuchar una producción artística.

Por terminar este apartado, el reto planteado por Ricardo requiere una vida para escribirlo y tal vez sea imposible para una sola persona hacerlo. Pero Aristóteles y Nietzsche coincidieron en que el ser humano es camino continuo buscando siempre algo sin acabarlo de poseer. Y esto es lo que agradezco a mi profesor de Estética: el poder hacer con mis alumnos, incluso en los primeros niveles de la ESO, fenomenología, comprensión, análisis de y sociología de las artes audiovisuales. Quizá tenga una futura ocasión de comunicar concretamente cómo. Ahora, dejémoslo así.

1. 3. *Stromata*

En los últimos años y publicaciones, podemos ver cómo el pensamiento de Ricardo se ha expresado en torno a esta palabra y la creación de un nuevo término, que no sabemos si crecerá y hará fortuna filosófica. Yo no puedo entrar aquí en las múltiples conexiones, utilidades filosóficas que tal palabra tiene. Pero creo que se puede cerrar con ella el círculo de estas pequeñas líneas de manera adecuada.

En griego clásico, encontramos este término significando, o bien ‘mosaico’, o bien ‘tejido’. La evolución de esta palabra, desde el griego clásico hasta nuestros días, nos deja una vez más con la boca abierta. Hoy los biólogos y los profesionales de las

ciencias de la salud llaman *estroma* al tejido vivo que conecta los distintos órganos del ser humano, es el relleno ineludible que nos permite vivir. Y vemos también que ellos consideran un estroma muy especialmente, en femenino, la glía cerebral, que hace posibles las sinapsis, por qué no *symplokés*, neuronales. Entonces el concepto clásico y el concepto biológico se elevan, por así decir, a un concepto ontológico que permite comprender todo lo que llamamos *realidad*.

Sin embargo, a mí en esta ocasión me interesa la dimensión práctica, vital de esta palabra: no sólo estudiar los tejidos de la realidad, sino también la capacidad que tenemos de crear tejidos nuevos. Y aquí vuelvo al principio de estas líneas, pues Ricardo creó y orientó, en la Universidad de Valladolid, un tejido vivo llamado Departamento de Filosofía y seleccionó a las personas que debían iniciar su vida y darnos nuestra formación. Voy a citar solamente algunos por cursos, pero les recuerdo a todos ellos: Javier de Lorenzo, Juan Barba y Maximilano Fartos en primero, segundo y tercero.

Charo Zurro en segundo, tercero y quinto; Javier Peña en tercero y cuarto; Alfredo Marcos en quinto también. Insisto en que no recuerdo menos a los no citados. Ese equipo creado por Ricardo en Valladolid fue su creación práctica, un tejido real, un tejido vivo que sigue dentro de nosotros y nos permitió llegar a esta profesión y mantenernos en ella. Gracias, Ricardo, gracias a todos los que estuvieron a tu lado. Formándome. Formándonos.

§ 2. Aprender a mirar²

Ese profesorado. Ese. El que cae en una nebulosa terrible y se amalgama formando un recuerdo gris, apenas recuerdo, apenas gris. Ese sobre cuyo nombre discutimos cuando nos juntamos antiguos alumnos porque no caló ni hizo la más mínima muesca en nuestra formación o ánimo.

Ese cuyas horas de clase eran claras candidatas a ser sacrificadas por un café y un rato de charla porque poco o nada aportaban a lo que ya estaba en los manuales. El profesorado que venía a hablar de su libro. Con apuntes amarillos y una bibliografía que terminaba en el año en que había conseguido su puesto estable en una universidad

² Nuria Galicia Pérez. Profesora de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato.

uniforme en la que se creaban mentes uniformes en cuerpos destinados a llevar un uniforme social.

Ese profesorado que no despertaba emoción ni curiosidad y al que apenas devolvimos ni atención ni esfuerzo.

Ese grupo de profesionales de la repetición salmódica que explicaba como quien recita la lista de la compra o un ideario bien aprendido que ya no calaba porque no tenía contexto en el que fuera bien recibido por anticuado.

Precisamente ese tipo, es el que no era Urbina.

No necesitábamos ni mote para referirnos a él. El nombre tenía tanta personalidad como el hombre y era un todo parmenídeo en sí mismo.

Un fenómeno, literalmente, que nos traslucía sus propias ideas sin presumirlas, sin señalarlas directamente, aplicadas a sus explicaciones que entraban en nuestras mentes de forma indirecta, pero arraigando más o menos en la forma de lo que ahora llamaríamos «aprendizaje significativo»: los contenidos abstractos cobraban sentido y se acomodaban de manera relacional unos con otros y con los de otras asignaturas, tan parceladas a veces que parecían inconexas.

A las clases de Interpretación de Textos Filosóficos Griegos y de Estética de Urbina no solía faltar nadie salvo enfermedad o ruina. Eran un espectáculo al que asistíamos en lo que, entonces, llamábamos «peceras» (clases construidas en el hueco del patio de la facultad de Derecho en la que el alumnado de Filosofía había sido relegado, a los recovecos menos apropiados para el aprendizaje).

Quienes ya habíamos tenido algún acercamiento al griego en el instituto, enganchábamos rápidamente a sus clases sobre los clásicos, apoyados, eso sí, por las sesiones impartidas por Henar Zamora, sonrisa declinada que hace no mucho murió demasiado pronto y que, desde cero, marcaba las pautas para quienes no entendían quién era el tal aoristo ni para qué había que invocarlo en el aula.

Urbina daba vueltas a los textos. Los descifraba, los ponía en diálogo con otros párrafos, confrontaba a los autores y nos los devolvía, claros y precisos, en forma de traducciones con sentido pleno y accesible. Familiares. Nuevos. Listos para transmitirnos la información a la que no llegábamos en la materia de Filosofía Antigua, encomendada en aquellos momentos a manos no tan delicadas ni didácticas. Dos por uno: traducción e interpretación.

Sus sesiones de Estética consistían en una exposición aparentemente caótica de referencias teóricas, datos, fechas, citas, acercamientos a griegos, alemanes, franceses, arte contemporáneo que dialogaba con el arcaico, menciones (como si nada) a anécdotas vividas en primera persona con *popes* del pensamiento e hilos lanzados como serpentinas que, misteriosamente, se ordenaban formando una elegante guirnalda que terminaba depositada en nuestras manos como guía para deslizarnos entre las muchas posibilidades de la teoría del arte.

En una ocasión, llegó azorado (como siempre), con ese aparente despiste que nos hacía temer por su seguridad (explicando al borde de la tarima y a-punto-pero-no de caerse de espaldas de ella), pelo revuelto, y tiza en ristre. Empezó atropelladamente la sesión (como siempre) lanzando conceptos como balas. Repitiendo la clase anterior. Pero nadie se atrevió a levantar la mano y señalárselo. Era tan bonito lo que contaba y cómo lo contaba que, al terminar, simplemente sonreímos. Asistir dos veces a su explicación nos permitía centrarnos en escuchar y no tener que tomar nota apresurada de lo que decía.

Aprendimos a destripar el arte desde la estromatología sin saberlo y sin usar ese nombre: observábamos la creación artística en relación con la experiencia psicológica del sujeto a través del diálogo y los códigos que lo relacionaban con su mundo. Aprendimos a separar las diversas capas arquitectónicas que componen la dimensión estética humana. A admirar no solo la armonía y la belleza sino también el error y la fealdad como elementos inseparables del orden. Aprendimos a buscar el fondo más allá de la forma. A relacionar la obra con el contexto social. A entender que la Estética es una disciplina tan sutil como imprescindible. A respetar la evolución artística y a escuchar y comprender ese caos que era valioso en sí mismo porque nos revolvía y hacía mella, nos cambiaba la mirada y nos abría a un mundo de interpretaciones y fenómenos sin el que nuestra vida, aunque al principio no lo supiéramos, no tendría sentido.

En definitiva, solo cabe decir: gracias, Ricardo, Urbina, por enseñarnos a mirar.

§ 3. Mi carrera de Filosofía (1988-1996)³

Ricardo me dio clases en la Universidad de Valladolid de Filosofía Antigua y Estética, y también Griego, aplicado a textos filosóficos. También asistí a dos cursos de doctorado, que versaban sobre estética. Hice una tesina (trabajo de investigación: 9 créditos) sobre la verdad en el arte, que todavía conservo en un viejo Apple Performa; coincidió ese año con el año sabático de Ricardo, así que no me lo pudo corregir.

Tengo entendido que Ricardo es discípulo del gran filósofo asturiano Gustavo Bueno (aportó su famosa *teoría del cierre categorial*). Ha hecho aportaciones a la fenomenología de Edmund Husserl (*Estromatología*), de la que también se ha ocupado Luis Álvarez Falcón, compañero de curso, y actualmente profesor en la Universidad de Zaragoza. También tengo noticias de que explicó e introdujo al fenomenólogo Marc Richir, y que trajo muchos libros suyos de París (Francia). Recuerdo su capacidad asombrosa para sintetizar libros complejos de filosofía en otros idiomas. Anécdotas hay muchas...

Ejercicio de *Erinnerung*, de rememoración, recuerdo, reminiscencia, evocación, memoria, etc. Recordar puede ser, a menudo algo doloroso (al menos para mí). No sé quién dijo que las cosas no son como son, sino como se recuerdan...

Ahí estaba yo, al comienzo de la carrera, con mis veinte años, en un septiembre cayó en mis manos el *Breviario de podredumbre* de E. M. Cioran (1977), filósofo a su manera, pensador privado, aunque no académico ni universitario.

Se inició poco a poco mi vocación filosófica, de alguna manera inexplicable, progresivamente, como sucede con estas cosas en la vida... Luego se irían añadiendo más lecturas filosóficas...

Ricardo fue el director del Departamento de Filosofía, en la Universidad de Valladolid, y se encargó personalmente de ir añadiendo curso tras curso, hasta configurar la carrera, que ahora llaman grado y creo que lo han comprimido o reducido el número de años, no estoy seguro... Carrera larga, difícil, abstrusa, de la que estoy orgulloso de haber podido terminar (empecé Derecho, pero enseguida lo abandoné, no era ése mi camino).

³ Luis Riera Climent. Profesor de Filosofía en enseñanza secundaria y bachillerato (España).

Logos: algo de eso habrá llegado hasta mí y me habrá transformado a mejor, pese a las críticas de Derrida al *logocentrismo*.

La juventud promete mucho y tiene todo el futuro por delante, pero luego están los hechos tozudos y el principio de realidad, en muchas ocasiones irracional...

Frustración y decepción están a la orden del día, por muchos planes que se hagan y por muy ambicioso que se sea, me pregunto si será verdad eso de que nadie puede hacer nada por nadie y si no seremos entes de ficción...

En realidad, uno tiene no uno, sino muchos padres: los grandes filósofos y escritores, profesores...

Los libros me han enseñado mucho, lo mejor de cada persona está ahí, escrito... pero tal vez la verdad no se encuentre en ellos, sino en la *vida*. Una educación que no sirva para la vida no es útil, ni práctica, no vale, es inútil y errada...

Bibliografía

- Adorno, Theodor W. (1977), *Terminología filosófica*, I. Madrid, Taurus.
Adorno, Theodor W. (1977), *Terminología filosófica*, II. Madrid, Taurus.
Cioran, E[mi]l M. (1977), *Breviario de podredumbre*. Madrid, Taurus.
Coupland, Douglas (1993), *Generación X*. Barcelona, Ediciones B [1991].
Derrida, Jacques (1986), *De la Gramatología*. México, Siglo XXI.
Sánchez Ortiz de Urbina, Ricardo (2020), «Fenomenología del Sur», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 95, pp. 7-15, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.95.189>>, [02/09/2025].

